

ellas inspiran, no suministra pasto ninguno á sus pulmones; su sangre deja de rojearse al atravesar estos órganos, se debilitan, se pierde su calor, su pecho cesa de moverse, y su corazón no hace sentir ya sus latidos: todas las señales de la vida cesan de hacerse percibir; y, por poco que este estado persista, es bien presto real la muerte. La extrema debilidad que resulta de la privación del oxígeno lleva el nombre de *asfixia*: la cual es realmente esencial; ella constituye la enfermedad principal, la única enfermedad del paciente, y debe dirigirse todo contra ella: están pues perfectamente indicados los tónicos de toda especie. El médico debe introducir desde luego en los pulmones aire provisto de oxígeno, es decir el de un sitio sano y bien ventilado; porque el oxígeno es el estimulante particular y específico de estas especies de debilidades. Se poseen, para efectuar una respiración artificial, diversos instrumentos ingeniosísimos, unos fuelles ordinarios, adaptados á un cañon que se dirige en la laringe, puede suplirlos. A falta suya, se hace uso

de cuantos medios se hallan á mano; pero, como la irritación general está muy disminuida, se debe tirar á reanimarla estimulando al individuo en las regiones mas sensibles del cuerpo. Se irritan pues, por medio de diferentes operaciones, la boca del estómago, la palma de las manos, la planta de los pies, la garganta, y se hacen penetrar lavativas estimulantes en los intestinos. Por medio de este método, se logra con mucha frecuencia restituir al asfixiado bastante irritabilidad para que sienta la influencia del aire oxigenado, para que sus pulmones se le apropien, le absorban, y comuniquen á la sangre la propiedad vivificante que ella ha perdido. Aplicado el calor artificial con prudencia á lo exterior del cuerpo, es un medio de estimulación que surte buenos efectos.

Hay tambien ciertos gases que ponen á los que los respiran en la debilidad de la asfixia. Los unos, por esto solo que están desprovistos de oxígeno: tal es el ácido carbónico puro, el azoe, el hidrógeno puro; en cuyo caso la curación es la misma.

Los otros, porque, al mismo tiempo de privar los pulmones de este *pabulum vitæ* (el oxígeno), ejercen sobre ellos, y sobre el sistema nervioso en general, una irritación de una estremada rapidez; llámanlos gases mortales; tales son el gas hidrógeno carbonado, sulfurado, fosforado, el ácido hidrocórico, el vapor de azufre en combustion; el amoniaco ó alcalí volatil libre, el humo que resulta de la combustion de ciertos venenos vegetales, como el tabaco, y en general todos los humos; el vapor del carbon abrazado, el de las letrinas, etc. En estos casos, la debilidad no es el único estado mórbido para cuyo remedio sea llamado el médico; porque, cuando este ha tenido la fortuna de restablecer la función respiratoria, quedan una flemasía en los bronquios, en el pulmon, y una irritación del cerebro y nervios, que exigen los mismos medios que aquellas en que nos hemos ocupado antecedentemente.

La asfixia ocasionada por la estrangulación exige primeramente el oxígeno, y los estimulantes acomodados para despertar

la irritabilidad general; pero luego que se ha remediado la debilidad, la irritación de las vísceras en que la sangre ha sido forzada á pararse (el cerebro y pulmones), y la de las partes fracturadas ó contusas, deben llamar la atención del facultativo. La debilidad no es pues pura y simple en esta especie de asfixia.

La que depende de la inmersión en el agua, presenta desde luego la debilidad en el supremo grado, supuesto que la acción del frío se reúne con la privación del oxígeno; pero, luego que los pulmones han recuperado su acción, el infarto irritativo de las vísceras presenta, como á continuación de la estrangulación, una indicación antiflogística que debe llenarse siempre con toda la posible brevedad.

Vemos también asfixias reales á continuación de las convulsiones excesivamente violentas, particularmente cuando ellas han atacado los músculos del tronco destinados á ejecutar los movimientos necesarios para la respiración. Este caso ocurre á veces en los violentos ataques de histé-

rico; las enfermas no respiran ya, parece anonadado el movimiento de su corazón, presentan ellas, en una palabra, todos los indicantes de la muerte. Es clarísimo que aquí la debilidad se ha vuelto el afecto principal; y que debemos curarla como dependiente de la privación de oxígeno. El médico debe tener entendido que el espasmo histérico puede, acumulando la sangre en el cerebro, producir una apoplejía que simula la debilidad de que hablamos: pero la acción del corazón y la respiración no están entonces interrumpidas enteramente; quedan vestigios suyos que, con la coloración de las pacientes, bastan para indicar las evacuaciones sanguíneas. Puede acaecer también que vuelta una histérica de su asfixia, conserve un infarto irritativo del cerebro y demás vísceras, que substituye con la indicación de los antiflogísticos la de los estimulantes y tónicos.

Ciertos gases procedentes de la descomposición de las materias animales, tales son los que se exhalan de los sepulcros imprudentemente abiertos, de los muladares, y

de todas las cloacas infectas, pueden obrar con tanta celeridad sobre los que los respiran, que los pongan al punto en un estado completo de asfixia. Los estimulantes se presentan aquí como los primeros medios de que haya de usarse; pero, si se consigue volver la vida á estos desgraciados, hay frecuentemente que atajar una flemasía gastro-intestinal ó cefálica, de la naturaleza de las que se refieren al tifo.

Sucede lo mismo con la asfixia producida por el ácido hidrocianico ó prúsico. Un boticario cayó sin sentido por haber olido un instante un bote vacío que habia contenido este ácido. Quedóse pálido, se enfrió, perdió casi el pulso y la respiración. Un médico le administró copiosamente muchos estimulantes; se recetaron en crecidas dosis el café y oleo de trementina: fué reanimado el enfermo; pero volvió de su debilidad con una gastritis crónica de la que no se libró mas que con largo uso del régimen antiflogístico. En tanto grado es difícil hallar debilidades puras y simples, enfermedades en las que un hábil fisiolo-

gista no distingue otra cosa mas que la indicacion estimulante.

Ultimamente , hablaré á Vm. del síncope. Llevada efectivamente esta dolencia hasta su supremo grado, equivale á una verdadera asfixia. Ella depende de la falta de accion del corazon, que cesa de suministrar al cerebro la d6sis de sangre necesaria para el ejercicio de sus funciones. Las causas que pueden suspender los movimientos del corazon, son numerosísimas. A veces, es el sufrimiento de algun 6rgano atacado de irritacion , del est6mago , por ejemplo, en la gastrítis : un vivo dolor, cualquiera que sea la parte que es asiento suyo, puede producir el mismo efecto. En estos casos , el síncope, aunque consecutivo , no requiere ménos el uso de los estimulantes , hasta que se restablezca la circulacion; salvo el luchar despues contra la irritacion, que vuelve á ser de nuevo la principal enfermedad.

Los afectos morales , los olores repugnantes , el aspecto de un objeto horrendo, producen tambien la inmovilidad del co-

razon : el cerebro ha recibido ent6nces la primera impresion ; á pesar de ello, la indicacion estimulante es la primera á que nos vemos obligados á recurrir. Cuando el síncope es producido por los flujos de sangre, exige los mismos medios ; en una palabra, cualquiera que sea la causa que le promueve, el médico no debe dejarle nunca subsistir por mucho tiempo, cuando se eleva al grado que merece el nombre de asfixia, quiero decir al desaparecimiento del pulso y r6spiracion ; porque puede efectuarse en el espacio de su duracion la muerte. Pero, cuando el síncope se ha determinado por una sangría copiosa, en las violentas inflamaciones de las vísceras, es sumamente propicio para la estincion del receptáculo de la flemasia ; debemos pues dejarle subsistir durante un cierto tiempo, por poco que la circulacion y respiracion no estén enteramente suprimidas; él se hace ent6nces el remedio mas eficaz de la irritacion inflamatoria ; y , si nos apresuramos mucho á desvanecerle con los estimulantes , se reproduce esta con nuevo vigor :

EL SABIO.

Confieso en adelante que sin razon les acusan á Vms. de no conocer las enfermedades por debilidad; me parece, por el contrario que Vms. saben apreciarlas perfectamente, supuesto que distinguen con tanta precision los casos en que ellas suministran las indicaciones principales, de aquellos en que no las presentan mas que secundarias, y que Vms. tienen el arte de hacerlas servir de remedio para los afectos esencialmente irritativos. Las esplanaciones á que Vm. se ha estendido, me prueban que Vms. tienen un sistema completo de medicina; que han previsto todas las objeciones, y resuelto cuantas dificultades se tiene la costumbre de presentarles, á lo ménos en quanto he podido juzgar de ello por mis conversaciones con muchos de sus adversarios. No cansaré á Vm. con preguntas sobre las enfermedades poco numerosas, á lo que me parece, que no han servido de materia á nuestras conferencias; conozco que ellas no pueden dejar de enla-

zarse con las que Vm. se ha tomado la molestia de esplicarme. Déme Vm. sin embargo su licencia para manifestarle mi sorpresa de que una doctrina tan clara, tan satisfactoria, la única, como lo ha dicho Vm., que forme de la medicina una verdadera ciencia, no haya gustado á los doctos médicos de que nuestra patria se gloria. ¿Es posible que su gefe de Vm. se vea reducido todavía á propagarla entre los solos discipulos; que las sociedades y facultades de medicina no la hayan tomado en harto grande consideracion para nombrar comisionados encargados de ventilarla con el sugeto que la ha fundado, de seguir las experiencias de los que la practican, y de hacer públicos los resultados de sus investigaciones? A pesar de todo el talento de que ha dado Vm. pruebas en nuestras conferencias, dudo mucho, se lo confieso á Vm., que pueda resolver estas dificultades tan fácilmente como ha resuelto las de la medicina propiamente dicha.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sin lisonjearme, Caballero, de satisfa-

cerle á Vm. completamente sobre esos diversos puntos, le diré francamente mi modo de sentir sobre ello en nuestra próxima conferencia. La sucesion de los tiempos dará á conocer á Vm. si he resuelto realmente la dificultad.

DIALOGO VIGESIMO PRIMO.

Origen y progresos de la medicina fisiológica; obstáculos que ella encontró; electismo; empirismo; cirugía; medicina veterinaria; método para estudiar la doctrina fisiológica.

EL SABIO.

Me gusta la exactitud de Vm., doctor; va sin duda á suministrarme argumentos para reponder á mi médico, que sostiene, entre otras cosas, que la doctrina de Vm. no debe sus triunfos mas que á aquel silencio de los cuerpos sabios de que me manifesté estrañado ayer á Vm.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pienso todo lo contrario, Caballero. Nunca hizo ella tantos progresos como desde que los catedráticos de las escuelas de medicina se pusieron á buscar quisquillas á los candidatos que les presentaban la substancia suya en sus conclusiones inaugura-